

# **El asesino no las quiere rubias**

*(Una novela “blanca” de Detectives Privados)*

C. M. Federici

## **15. FACETAS CRIMINALES**

**T**AL COMO la bestia selvática, cuyos ávidos ojos fosforecen en la noche tropical, posee una suerte de sexto sentido preventivo del peligro, así los asesinos presienten también la amenaza que se les aproxima, inexorable y fatal.

Comienza con una vaga ondulación en las calmas aguas de su autosuficiente convencimiento de impunidad; una especie de roce en la conciencia, que insufla el virus de la ansiedad en sus corazones.

¿Quizás hubo una falla en su plan?

¿Acaso un intelecto demasiado agudo logró penetrar a través de la grieta diminuta que algún casual olvido provocara?

...El criminal se agita dentro de su cáscara humana, como el tigre enjaulado entre los barrotes. Lo buscan: hay quien se propone castigarlo por su osadía al reírse de leyes y principios. Y se le acercan..., se le acercan más y más, ineludiblemente.

¡El asesino ya no está *seguro!*

**F**UE EN un relámpago: de repente lo supo con total certeza. Sería inútil intentar una definición del mecanismo desencadenado al efecto: percepción extrasensorial, telepatía, instintos básicos exacerbados ante la proximidad del peligro... Los asesinos, ya se ha dicho, son misterios humanos.

O inhumanos.

—*¡Pero Di Reggia está muerto!* —bramó, en ronca protesta interior—. *¡Raskowsky está muerto! ¡Y el maldito Dorteros y el imbécil de Farrazzini también están muertos! ¿Quién más pudo enterarse?... ¡No! ¡No es posible que lo sepan! ¡Fui muy cuidadoso!*

Segunda etapa del proceso: negación de lo obvio. Aun cuando cada fibra de su retorcido ser aullaba la advertencia, se obstinaba en negarla. Nada había pasado. Todo estaba igual. Sólo era efecto de sus nervios...: ¡algo pasajero!

Pero el jadeo le agitaba el pecho, las gotas de sudor le constelaban la frente y el labio superior y las palmas de las manos, mientras los ojos se encabritaban en el cepo de las órbitas.

Sucesivos espasmos le estremecieron los músculos. Cerúleo, tembloroso, apretó las mandíbulas hasta que los dientes rechinaron su miedo.

—¡Necesito unas copas! —y se sirvió, con mano vacilante, y el cuello de la botella golpeó contra el borde del vaso, salpicando gotas carmesíes.

**M**ENDOZA tuvo apenas el tiempo suficiente para arrojar el cuerpo del delito al fondo del cajón interior del escritorio y limpiarse la boca con la manga.

—¡Teniente!

—¿Sí, diga, señor? —y se puso de pie con precipitación.

—¿No recibió orden de presentarse a Asuntos Internos?

—Eee..., sí, capitán. ¡Pero es a las cinco y cuarto...; falta todavía, señor!

Bajo la inquisitiva mirada de su joven superior, sentía como si alguien sostuviera una gran lupa entre el sol y su cráneo, tostándose con sádica deliberación. ¡Estos oficialitos de academia! Una pinturita, con el uniforme immaculado, mejillas de bebé, y desde luego la gorra en el ángulo correcto. Sin duda estaría despreciando su propio desaliño, se dijo Mendoza rencorosamente. Para un tipo como aquél, los pantalones arrugados y el cuello de la camisa orlado de negro representarían, a no dudarlo, sendos baldones en la foja de servicio... ¡Pero el tal capitancito no se había hecho en las calles, como le había pasado a él, a Mendoza! Desde los catorce salía de noche con navaja en el bolsillo. En un barrio como el de él, de haber procedido de otra forma, habría arriesgado sus magras posesiones, su virilidad y hasta el mismo pellejo. ¡Qué sabía el capitán de todo eso!

—¿Y no tiene otros deberes hasta entonces? —insistió el superior en tono severo—. ¡Este no es su despacho, que yo sepa!

—No, claro... Yo... esperaba al sargento Conducci.

—¿Con qué propósito?

—Necesito unos datos de la computadora. El los archivó y...

Los ojos del capitán eran azules y duros. Y lanzaban dardos fríos, que acicateaban la cara de Mendoza. Este sintió que una gota pegajosa le resbalaba sien abajo, cosquilleándole al filtrarse por debajo del cuestionado cuello de la camisa.

*¡La gran...!*, pensó, asaltado por un principio de pánico que se expandía como sangre en una mota de algodón. *¡Me mira como si ya se hubiesen... enterado de todo!*

**—D** ISCIPLINA —dijo Juan Carlos—. ¡Sin eso no puede funcionar!  
—Veo que te tomás el trabajo muy en serio, como me había dicho tu padre...

—Me obligo constantemente a disciplinarme. ¡Es un compromiso que contraí conmigo mismo desde que decidí hacerme investigador privado! Usted sabe cómo es esto en nuestro medio, Callaza... Para la mayoría no somos otra cosa que bufones que juegan a policías y ladrones; otros nos consideran ni más ni menos que un racimo de canallas, capaces de vender a la abuelita por unos cuantos dólares. ¡Y, lamentablemente, es posible que no les falte del todo la razón, en algún caso! Pero habría que pensar que hay excepciones, como en toda actividad humana. ¡No es justo usar el mismo rasero para todo el mundo!

—Estoy de acuerdo contigo. ¡También los policías, considerados como corporación, tenemos mala fama! Pero eso no significa que no existan buenos elementos entre nosotros, a pesar de lo que pueda opinar el público... Pero decime, ¿cómo aplicás esa disciplina tuya en la investigación?

**—E** MPIEZO por cubrir todos los puntos —respondió Juan Carlos—. En cuanto a los interrogatorios, tomo buena nota de cuanto me dicen las personas con las que me toca hablar, me parezca relevante o no en el momento. Luego estudio la evidencia, comparo notas... Ese sistema muchas veces arroja luz sobre detalles aparentemente oscuros.

—¿Lo anotás delante del interrogado..., como hacen los periodistas?

El negó con la cabeza.

—No me gusta alarmar a nadie. Memorizo, y lo escribo al llegar a la agencia.

—¿Y no corrés el riesgo de olvidarte de algo? —quiso saber Virginia.

—Estoy entrenado —aseguró Juan Carlos—. ¡Para eso seguí tres cursos de mnemotecnia!  
Retengo todo lo esencial, quedate tranquila.

—¿Y lo hiciste esta vez? —preguntó el comisario.

—¡Ajá! —Juan Carlos se quitó las gafas de un tirón—. ¡Y ni siquiera necesito repasar mis apuntes!... Pero esto es sólo el primer paso, claro.

—¿Ah, sí?

—Falta demostrarlo. Para lo cual se precisan pruebas.

—¿Y cómo te proponés conseguirlas?

—A tal efecto —replicó el joven detective, blandiendo los plegados anteojos frente al comisario—, voy a abusar de su tolerancia, amigo Callaza.

**E** SMERALDA se volvió en el último instante.

Se le agrandaron los ojos, y ya la carnosa boca adquiría la forma del grito, cuando la mano enguantada de negro, con bastante rudeza, abortó aquel reflejo.

—¡Silencio! —ordenó una voz enronquecida por la tensión.

Era la primera vez que a ella le tocaba verse envuelta en una situación así, sin saber a ciencia cierta qué esperar. Entonces conoció una nueva categoría de temor..., ese que embota las ideas y paraliza los músculos, en tanto acelera el pulsar de las venas hasta el frenesí.

Pero no duró mucho. La mano se aflojó lentamente y el brazo que la ceñía por el cuello la dejó en libertad.

Reaccionó con furia, aunque no se atrevió a alzarle la voz:

—¿Te volviste loco? ¡Entrar así, como un asaltante, y estrangularme a lo bestia para...!

—Si te dejaba gritar se enteraba medio edificio... ¡Y ya bastante me costó sacudirme al maldito policía de los talones!

Ella se masajeaba el cuello, donde había quedado una marca rojiza. Su respiración seguía siendo resollante, al preguntar:

—¿Te tienen vigilado? ¡Pero entonces...!

—¡Sí, no descarto que sospechen de mí! ¿Y no te imaginás a quién se lo tengo que agradecer? ¡Así que de aquí en más comportate como se debe, si sabés lo que te conviene!

**E** N EL despacho de la Jefatura de Policía, Juan Carlos, hartó ufano de su posición, terminaba de imponer al comisario Callaza, cabeza de la División Homicidios, de los detalles de su plan.

—Así que ya ve, Callaza —dijo el joven, no sin echar una mirada al pasar en dirección a Virginia Linares, que parecía adecuadamente impresionada por su desempeño—: todo es cuestión de organizar las cosas como Dios manda y no perder nunca de vista los...

El repiqueteo del teléfono malogró una brillante coronación al discurso. Tras breve disculpa, el comisario atendió la llamada, y hay que consignar que no fue ningún dechado de amabilidad la forma en que tendió el tubo a Juan Carlos.

—¡Es para vos! —gruñó—. Urgente, dice el hombre.

—Ah, sí —Juan Carlos lo tomó, con ademán principesco—. ¡Seguramente será mi ayudante con su informe!... ¿Hola, hola? Sí, Paravelli, soy yo... ¿Pasa algo?

El resto de la conversación fue en voz baja y de espaldas a los otros; pero Virginia notó con claridad cómo enrojecían las orejas del joven, mientras él procuraba no subir el tono y mantenerse a nivel de murmullo sibilante.

Cuando al fin cortó, se le advertía confuso. Aparentemente había recibido el proverbial baldazo frío, pensó Callaza. ¡Si eso contribuía a bajarle los humos, no se podía decir que fuese perjudicial!

—¿Alguna novedad? —inquirió el comisario, en tono ligero.

—Era un ayudante mío..., Paravelli —manifestó Juan Carlos—. Tuvo... un pequeño problema, pero no tardará en...

Callaza sintió resurgir en su interior la antigua veta sardónica.

—¿Qué, por ahí lo despistaron al hombre? —preguntó, clavando en la encendida faz del muchacho unos ojuelos rezumantes de ácido humorismo.

**J**UAN Carlos se arrancó las gafas y las hundió en un bolsillo.

—¡Sí, maldición! —refunfuño—. ¡El buen doctor Quintana se las arregló para escurrir el bulto!

—No creo que tenga demasiada importancia —se metió Virginia, imbuida de la sana intención de animar a su héroe—. ¿No decías que estaba fuera de sospechas?

—¡Nadie está fuera de sospechas —exclamó el detective—, en tanto no se dé el caso por cerrado!... Era una máxima de mi padre, y te aseguro que la tengo por buena.

—¿Entonces pensás que Quintana podría estar implicado de algún modo? ¿Con cómplices que le asegurasen coartadas? —El comisario se rascaba suavemente la calva—. ¿Habría un ejecutor material y otro moral de los asesinos...?

Juan Carlos, inesperadamente, soltó la risa.

—¡Epa, epa, don Callaza! ¡No se me anticipe, que yendo tan rápido va a dejar atrás al criminal!... No, perdone, Callaza: era en broma. ¡En realidad no creo que el asesino vuelva a atacar, al menos por ahora!

**A**PENAS estrenaba los dieciocho, había salvado el examen final, y el viejo lo había recompensado con un respetable capitalcito, para que saliera a divertirse un poco... Se largó a las calles dispuesto a correrla en grande, como tantas veces se lo prometiera, en aquellas interminables veladas de estudio y ascetismo; pero, por una u otra razón, todos sus compinches le fallaron, y Lito Galarregui, librado a sus propios recursos, no era la gran cosa. ¡La francachela proyectada estaba a punto de convertirse en una sonada plancha!

Cuando había empezado a recorrer la avenida Central hacia el sur, disparando piropos a media voz a su alrededor, pareció que la vida le abría su sonrisa más cómplice. Pero a la altura de la Plaza de la Luz, donde nacía la avenida, entre un revuelo de palomas famélicas

aunque nada estreñidas, la sonrisa se había vuelto horrenda mueca desdentada. ¡Al parecer, Lito Galarregui iba a tener que volverse a casa tan casto como la dejara!... Claro está que habría podido optar por alguno de Aquellos Sitios; pero después del último documental sobre el HIV y afines que les pasaron en clase, se había tornado sensiblemente más cauto en cuanto a determinadas expansiones vitales.

**C**ON DESOLADO continente tomó por una calle transversal, en dirección a la parada del ómnibus que lo conduciría —en un regreso sin gloria— al *home-sweet-home...*, seguramente con la perspectiva de una velada televisiva como sùmmum. No pudo evitar una melancólica invocación:

—¡Para salvar el día, tendría que caerme una del cielo, propiamente!

Y, en efecto, cayó... Pero la precedía un alarido escalofriante; y la secuela del sordo choque contra el pavimento resultó aún peor.

A punto de desmayarse, zarandeado por el tropel de curiosos que empezaba a agruparse, el joven calavera se encontró mirando con atónita fascinación el bordado de la bata de ella. Un nombre en cursivas, que alcanzó a deletrear antes de que la voraz corriente escarlata lo engullera:

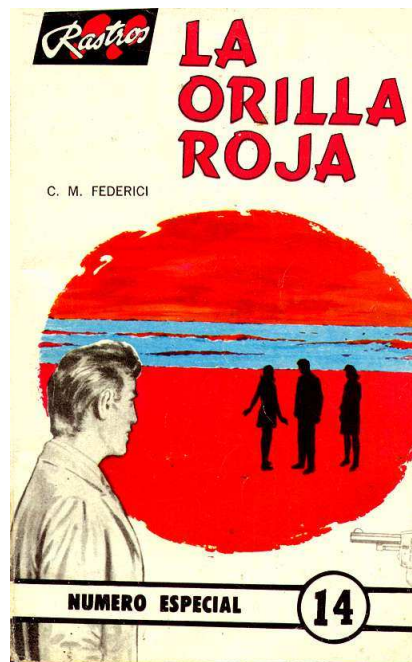
—Es... me... ralda —balbució el chico, con los ojos vidriosos y el acento mecánico de un sonámbulo—. ¡Es... meralda!

Lo último que percibió fue aquel ulular creciente, aproximándose... Luego cayó un telón de oscuridad, y ya no volvió a saber más del asunto, excepto por las pesadillas que habrían de traumarlo hasta bien entrada la madurez.

¡No es cosa grata el ver estrellarse un cuerpo de mujer ante los mismísimos pies de uno!

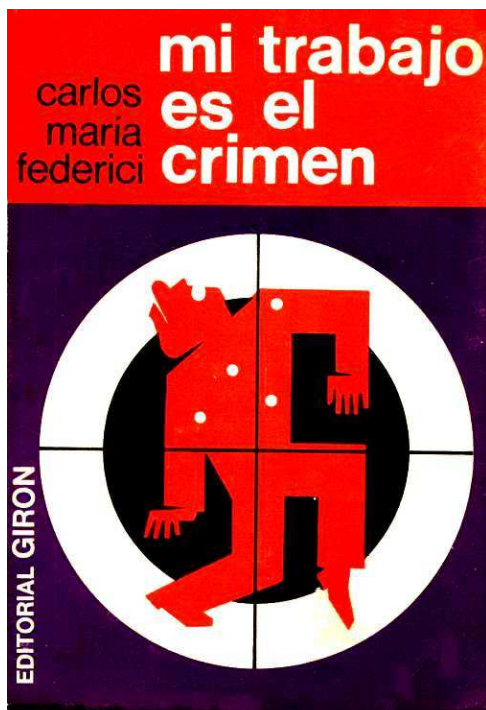
**© copyright 1991-2016, Carlos M. Federici**

## Otras novelas policiacas de Carlos M. FEDERICI.



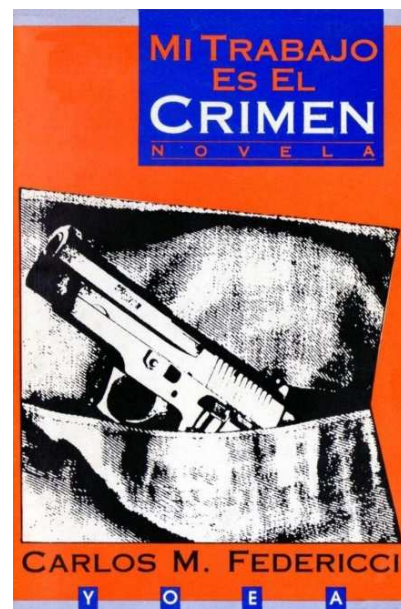
Primera novela de la trilogía, en la cual el comisario Dorteros es figura protagónica. ¡Crímenes misteriosos en balneario de moda! (Editorial "Acme", Buenos Aires).

**La orilla roja, 1972**

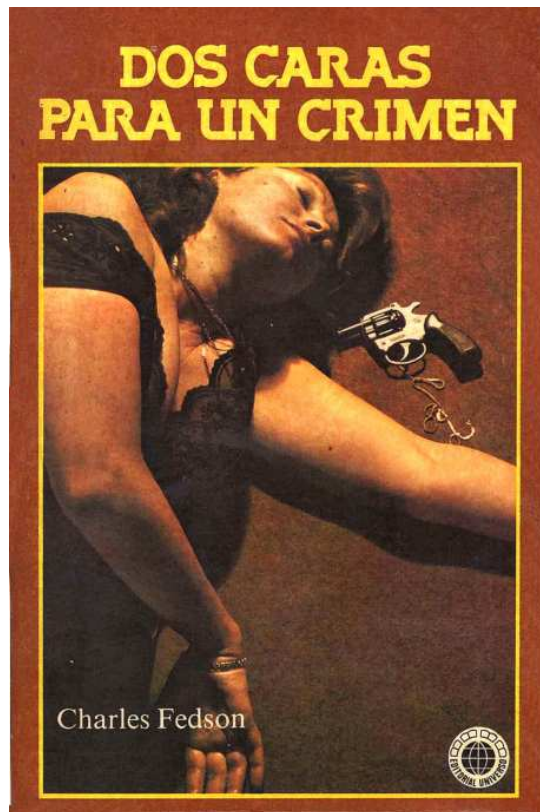


En "Mi trabajo es el crimen" el comisario Dorteros sólo actúa en calidad de "invitado". Este libro relata la historia de un asesino a sueldo, "Lucas" Gazzara, tenazmente perseguido por el comisario Callaza.

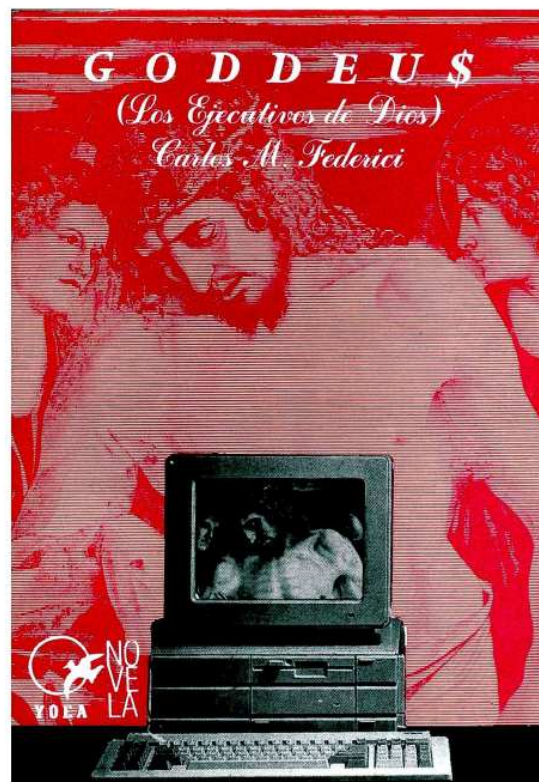
**Mi trabajo es el crimen, 1974**



Segunda edición (1992). Se hace notar que la primera, de 1974, bien puede considerarse como la incursión pionera en el "Género Negro", inédito hasta entonces, que yo sepa en esta margen del Plata. Ítem para coleccionistas: flagrante error en la portada del apellido del autor...



Dos caras para un crimen, 1982



Goddeu-\$ - Los ejecutivos de Dios, 1989



## ALGO SOBRE EL AUTOR



Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos **policiacos**, de **fantasía** y de **ciencia ficción** en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el **cómic**, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

**Panorama de su obra en:**

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

[cmfederici@hotmail.com](mailto:cmfederici@hotmail.com)